

Entrada Libre

Traducir, ¿para qué?

Antonio Saborit

“Entrada Libre” apareció por primera vez en la entrega número 15 de *historias*, correspondiente a los meses de octubre-diciembre de 1986. Pero en realidad, la revista salió a la calle en algún momento de 1987, mientras Carlos Aguirre, fundador y director de *historias*, no veía llegar la hora en la que la fecha de salida de la imprenta de la revista coincidiera con la fecha en la portada. Con este propósito, el propio Aguirre, más un grupo de voluntarios —Francisco González Hermosillo, Dolores Plá, Salvador Rueda, Esteban Sánchez de Tagle y yo—, dedicábamos las tardes de los jueves a la primera revista de la Dirección de Estudios Históricos, reunidos en torno a la amplia mesa rectangular blanca que gastaba el Seminario de historia urbana en el espacio que ocupó en los altos de la entrada principal al Anexo del Castillo de Chapultepec. Cuando, al fin, el tiempo de *historias* coincidió con el tiempo vital de los hipotéticos lectores, sus diversas secciones, como “Entrada Libre”, estaban resueltas de antemano.

DE LA REVISTA *Harper's* surgió el esquema formal de “Entrada Libre”, de ahí que durante los primeros años nos limitáramos a ofrecer fragmentos, breves o no, pero sólo fragmentos, de las notas, artículos, ensayos, entrevistas e incluso de los libros que por entonces nosotros mismos, los editores de la revista, consumíamos como lectores y comentábamos e intercambiábamos en

nuestra cada vez más revuelta mesa de trabajo de los jueves —de la que solíamos migrar a otra, por lo general en La Fonda de San Ángel, en pos de la necesaria y casi siempre leve distensión ética—. Pero el espíritu de servicio de “Entrada Libre”, esto es, el deseo de socializar estas lecturas entre nuestros hipotéticos lectores provino de mi paso por *La Cultura en México*, suplemento de una revista política de circulación nacional, *Siempre!* Durante los 10 años en que fui colaborador y editor de *La Cultura en México*, Carlos Monsiváis siempre insistió en apuntalar la vocación de servicio del suplemento, pues sabía muy bien que las páginas negras de la revista sepia, semana a semana, completaban las alfabetizaciones de los miembros más entusiastas y distantes de nuestra centralista República de las Letras. Vocación de servicio puede significar todo y nada, de acuerdo. Pero en este caso se refería a la obligación de dar a conocer tanto a los autores contemporáneos más sugerentes como a los mejores estudios y enfoques, sin importar el lado de la línea de sombra en que estuvieran. Y la revista *historias*, ¿por qué no?, la imaginábamos como una publicación especializada, útil en la construcción de saberes en los diversos campos de la historia, y al mismo tiempo digna del interés de los estudiantes universitarios. A estos últimos se dirigió “Entrada Libre” desde un comienzo. Pero no sólo a ellos.

Un día convenimos iniciar los trámites para inscribir a *historias* en el padrón de revistas del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, en atención a los colaboradores, desde luego, pues en nosotros no cabía la menor duda de la calidad de nuestra publicación. Para sorpresa de nadie, el comité que emite diagnósticos sobre la calidad profesional de las revistas desestimó la pertinencia de traducir ensayos, artículos y reseñas en estos órganos de comunicación, y más adelante, el mismo comité tomó a broma nuestra apelación. Se ignora que causó más gracia: la sola apelación a la sentencia, o que nosotros creyéramos, como lo dijimos en la apelación, que las traducciones suponen una empresa intelectual.

Supongamos que el referido comité no actuó con mala fe. Traducir, ¿para qué? La respuesta es obvia, pero no para un comité como el referido —y me temo que la obviedad de la respuesta tampoco suene como una bofetada para los burócratas con títulos de científicos sociales que en los últimos 30 años no solo han visto con brazos cruzados el deterioro de los niveles de la educación en México, sino que en buena medida dieron forma a ese desastre con el arrobamiento que les proporcionan su irresponsabilidad pública y su indigencia intelectual—. En la mayor parte de nuestros conocimientos ha mediado un número incalculable de traductores y sus tan diversas obras.



La sección “Entrada Libre”, como bien se ve, llegó al centenario de historias. Sobrevive, sin un solo rasguño, el préstamo que se dio Carlos Monsiváis al tomar el nombre de esta sección para colocarlo en el título de uno de sus libros.

Olvídense de traducir, se nos dijo. Y en el desparpajo de semejante aserto alcancé a escuchar también un olvídense de leer, ¿para qué?, los tiempos son tan difíciles y raudos que ni maestros ni alumnos tienen tiempo que perder en la construcción de sus propios conocimientos ni en ampliar el dominio de la inteligencia y de la sensibilidad. Los pregones sobre nuestras crisis económicas, lejos de prevenirlas, revertirlas o aliviarlas, sólo lograron infundir toda la piedad del mundo en donde más daño podían causar: el proceso educativo. Me pregunto cuántas generaciones de maestros y alumnos han sido sacrificadas en aras del piadoso y arrogante relajamiento de los vínculos entre el saber y el mundo. ¿Cuántas generaciones, no perdidas, desperdiciadas, a nombre de la comodidad de una cadena interminable de lamentos? Ahí están los resultados desde hace años, pese a la prodigalidad y dramatismo que los últimos meses nos regalaron: la educación se desvió de nuevo por la ruta que conduce a la caverna. Sólo que esta caverna, como advierte Emilio Lledó en *Lenguaje e historia*, es mucho más peligrosa que aquella de la que al parecer empezó a escaparse la humanidad hace miles de años.

La sección “Entrada Libre”, como bien se ve, llegó al centenario de *historias*. Sobrevive, sin un solo rasguño, el préstamo que se dio Carlos Monsiváis al tomar el nombre de esta sección para colocarlo en el título de uno de sus libros. A lo largo de más de treinta años me he hecho cargo de esta sección —por lo que yo supongo que Aguirre estará tranquilo, pues no la dejé al cabo de cuatro entregas—, cuyas páginas son el receptáculo de decenas y decenas de autores y ensayos recuperados y traducidos con el mayor respeto e interés.

Pero volvamos a la traducción en la historiografía mexicana. Nada más en los tiempos modernos, W. H. Prescott y su *Historia de la conquista de México* bastan para mostrar de qué modo la traducción opera en el terreno de la historia: desde la difusión de un autor o de una obra, la discusión de sus contenidos, hasta el variado conjunto de apropiaciones que concita este traslado tan elemental sólo en apariencia. Para mostrar que traducir encierra todas las promesas que nuestros ojos sean capaces de apreciar, véanse las dos ediciones mexicanas de ese Prescott: primero, la que en su momento puso sobre la mesa el trabajo de un joven estudioso estadounidense del que hasta entonces nada se sabía en la joven república, y luego la que preparó Juan Antonio Ortega y Medina para todos nosotros a la sombra del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y de la casa Porrúa. Esta sola obra le granjeó a Prescott su sitio en la historia de la imaginación literaria de Estados Unidos, y gracias a historiadores como Lucas Alamán, José Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta, en el si-

glo XIX, esta misma obra empezó a dejar la huella de su paso no en otro lugar sino precisamente en la historia de nuestra imaginación histórica.

¿Ya olvidamos lo que en materia de traducciones históricas se llevó a cabo desde la filosofía? Sobran ejemplos de la forma en que las traducciones de los miembros de la Escuela de Madrid enriquecieron nuestros horizontes. En 1944, José Medina Echavarría, Juan Roura-Parella, Eduardo García Máynez, Eugenio Ímaz y José Ferrater Mora entregaron en español —y con índices que mejoraron la edición alemana— los ensayos de *Economía y sociedad* de Max Weber, empresa que los académicos al otro lado del Atlántico creían imposible, y gracias a la cual, este Weber llegó a lectores como Fernand Braudel. Después de *Los fragmentos de Heráclito*, una *Antología filosófica* de presocráticos, las *Meditaciones cartesianas* de Husserl, José Gaos tradujo *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII* de Groethuysen. (Un Groethuysen menos conocido llegó de Argentina traducido por otro filósofo y narrador español en el exilio, Francisco Ayala.) Eugenio Ímaz, además de Weber, Kant y Dilthey, pasó al español títulos esenciales en el oficio de historiar, como la *Filosofía de la ilustración* y *Antropología filosófica*, de Cassirer; *Del paganismo al cristianismo*, de Burckhardt; *Homo Ludens*, de Hui-zinga, y prologó las *Utopías del Renacimiento*. José Carner entregó en español los *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones* de Vico y *La Ciudad de Dios del siglo XVIII* de Becker; Wenceslao Roces tradujo las *Reflexiones sobre la historia universal* de Burckhardt; Joaquín Xirau *Paideia* de Jaeger. José Medina Echeverría pasó al español el *Diagnóstico de nuestro tiempo* de Mannheim y Luis Recaséns Siches la *Historia de la cultura* de Alfred Weber. A esa extraordinaria conmovición, Edmundo O’Gorman sumó su propio ingobernable entusiasmo y tradujo *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke, la *Teoría de los sentimientos morales* de Smith y el *Diálogo sobre la religión natural* de Hume; además, el libro de J. N. Figgis sobre *El derecho divino de los reyes*. Me pregunto si estos títulos le sugieren algo a alguien, si ellos son capaces de poner de manifiesto el contenido de la ambiciosa agenda intelectual de esos estudiosos. En colaboración con el poeta Jorge Hernández Campos, O’Gorman trajo, además, al español, la *Idea de la historia* de Collingwood —cuando la muerte de Eugenio Ímaz dejó inconcluso el proyecto iniciado por este ensayista y traductor excepcional con otro título de Collingwood, *Idea de la naturaleza*.

Parecería que O’Gorman fue el único historiador que siguió el ejemplo que dieron en su exilio los miembros de la Escuela de Madrid. Tal vez él se metió en eso por su misma formación,

¿Ya olvidamos lo que en materia de traducciones históricas se llevó a cabo desde la filosofía? Sobran ejemplos de la forma en que las traducciones de los miembros de la Escuela de Madrid enriquecieron nuestros horizontes.

por afinidades electivas, por ambición intelectual, por decisión. Pero O’Gorman sabía que no era ni el primero ni el único que ponía sus conocimientos al servicio de otro autor, traduciéndolo. ¿Para qué? Para leerlo mejor, por supuesto, y para abonar con ese trabajo una tradición que sólo tiene sentido en la construcción de saberes, los cuales han de redundar en beneficio de nuestra calidad de vida.

Son pocos —y en Conacyt ni los busquen— los que saben las sorpresas que daría un balance de las creativas, impredecibles, diversas y útiles transacciones que se han hecho entre la historia y la traducción —y yo por eso creo tanto en la apuesta intelectual que supone cada traducción, como en la necesidad de incrementar los frutos de esa transacción—. Sin embargo, es curioso que la gran mayoría de los alumnos de O’Gorman decidiera hasta ahora no exhibir la vigencia de las enseñanzas del maestro en el área de la traducción. ¿Por qué? Pues muy sencillo: traducir, ¿para qué?

Coatlicue desencadenada

Edelmira Estrasa*

Siento que de Avándaro se ha dicho poco.
Desgraciadamente la mayoría de lo que se
ha dicho está lleno de recelos y prejuicios
y quizá de consignas

Humberto Rubalcaba (1972)



SI LAS SUMAS NO ME SALEN MAL, el año entrante Avándaro cumplirá el tostón. En septiembre de 1971 se realizó el Festival de Rock y Ruedas. Docena de bandas animaron el ruidoso programa: Epílogo, Zafiro, Tinta Blanca, Mayita Campos y Los Yaki. Desde Monterrey El Amor y de Guadalajara Fachada de piedra, *Toncho* Pilatos y Bandido. De Tijuana. El Ritual. Pero el plato fuerte era Peace and Love con un *brass* muy potente.

Anocheecía cuando División del Norte subió al escenario. El sonido era pésimo y los focos del escenario se apagaban entre la rechifla. Entonces sucedió lo imprevisible. Una chavilla delgada y despeinada comenzó a bailar sobre un camión mu-

* Fundación de Estudios de los Coleccionismos.